



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Amor de gente rara

Ferney Alexis Román Muñoz

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2024

Amor de gente rara

Ferney Alexis Román Muñoz

Tesis o trabajo de investigación presentado como requisito parcial para optar al título de:
Magister en Escrituras Creativas

Director:

Carlos Eduardo Satizabal Atehortua

Codirector:

Jaime Echeverri

Evaluador:

Eduardo Otálora Marulanda

Línea de Investigación:

Narrativa

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Bogotá, Colombia

2024

A mis hermanos, por esa forma rara de querernos; por guiarme y enseñarme a amar la vida a pesar de mis silencios.

A mi madre, a mi padre. Porque no conozco amor más grande.

A mis amores raros.

“Amar es pensar.

Y yo casi me olvido de sentir sólo pensando en ella.”

Fernando Pessoa

Declaración de obra original

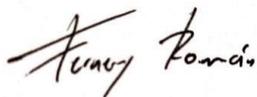
Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.



Ferney Alexis Román Muñoz

19/03/2024

Agradecimientos

Agradezco enormemente a estudiantes y maestros que me ayudaron a crear y pulir estos cuentos. A la Universidad Nacional de Colombia por permitirme llevar adelante esta maestría en la distancia.

Agradezco al maestro Miguel Torres por sus acertadas críticas, por su experiencia y el recuerdo de querer un gran amigo suyo. Al maestro Carlos Aguasaco por creer que hay voz detrás de mis palabras. A la maestra María del Mar Escobedo por dejarme ser su fan. A la maestra Adriana Arjona por su disciplina y enseñarme autoexigencia.

A mis compañeros de maestría por su paciencia y su alegría.

Resumen

Amor de gente rara

Amor de gente rara es una colección de cuentos breves con temáticas que oscilan de la cotidianidad a la fantasía con descaro y desorden. Algunos de los cuentos están atravesados por el amor, sus manifestaciones y dolores, de manera que en sus formas subyacen búsquedas de voces, personajes particulares, otros comunes, pero que intentan abrirle la puerta al juego, la ironía y a diversas manifestaciones de la oralidad.

Palabras clave: cuentos, amor, oralidad, desamor, sexualidad, brevedad

Abstract

Love from strange folk

Love from strange folk is a collection of short stories that range from the everyday to fantasy, boldly navigating themes with audacity and disorder. Some of the tales are interwoven with love, its manifestations, and pains. In their forms, underlying searches for voices, unique characters, others common, attempt to open the door to playfulness, irony, and various expressions of orality.

Keywords: stories, love, orality, heartbreak, sexuality, brevity

Contenido

	Pág.
Resumen	IX
Introducción	1
1. Amor de gente rara	5
1.1 Bibliomanía	6
1.2 Del que agoniza	7
1.3 Olvidado	8
1.4 Otra botella	9
1.5 Distracción	11
1.6 Mujer	13
1.7 Sombra	14
1.8 Sola	15
1.9 Confesiones	16
1.10 Pianísimo	20
1.11 Circo	21
1.12 Mangifera	22
1.13 Callado	23
1.14 Celos	24
1.15 Perfidia	25
1.16 Cocina	27
1.17 Desvelo	28
1.18 La novia de Harold	29
1.19 Trampa	31
1.20 Martina	32
1.21 Leyenda	33
1.22 Dintel	34
1.23 Verdugo	35
1.24 Sé	36
1.25 Autoridad	37
1.26 La peor novia	38
1.27 Sobre ruedas	40
1.28 Tan solo	41
1.29 Lo que falta	43
1.30 Preguntas	44
1.31 Fantasía	45
1.32 Empacho	46
1.33 Cumpleaños	47
1.34 A tus lágrimas	48

Introducción

Jugar a contar

Exponer las reflexiones de una poética es desnudarse un poco y de manera distinta al juego que plantea la creación por sí misma de un objeto literario. Se trata de una desnudez no tanto de ese ser que parece que subyace en la transustanciación de la escritura, pero sí de una identidad que el lector cree adivinar desde la distancia, como si de un juego de máscaras se tratara. Esta desnudez, en cambio, se asemeja mejor a la exposición ante el médico, es decir, a una mirada inquisitiva y cuidadosa de las formas y estructuras que un autor adopta para convertirse en uno o varios narradores que él y solo él elige y que no son gratuitas, que no son del todo inconscientes y que lo ponen ante el estrado para ser examinado desde las infinitas áreas que un lector avezado pueda citar.

Con todo y esto, no se trata de revelar, en este caso, un descubrimiento inesperado o asombroso. Es la manera de reflexionar de ese autor frente a sus propias maneras de ser y de actuar frente a un objeto de arte que ni él mismo comprende y explora, y digo él porque muchas veces soy yo quien se sustrae de esos pensamientos en primera persona ante la incongruencia estética de pensarme como escritor.

Mi interés, por otro lado, consiste en expresar mi admiración por autores y estructuras que me han sorprendido y guiado a la hora de expresar de manera literaria mis propias obsesiones y virtudes, si acaso hubiere lugar para ellas. Por lo tanto, debo mencionar el interés profundo por las formas breves de las manifestaciones narrativas, en las cuales entiendo la diversidad de conceptualizaciones que existen al respecto y la cantidad significativa de nombrar estas manifestaciones como: Minificciones, microrrelatos, microcuentos, cuentos cortos, minirrelatos, entre otros.

Es mi interés, sin embargo, intentar distanciarme a veces de las conceptualizaciones del microrrelato que plantea Yobany de José García Medina en su texto *Microrrelato o minificción: de la nomenclatura a la estructura de un género literario* (2017) debido a que se entiende el microrrelato como una miniaturización de las estructuras cuentísticas tradicionales. La minificción, por el contrario, plantea una forma de ser lúdica e irónica, con matices propios de la literatura metaficcional. Es a partir de la noción de la narración como un juego que propongo mis textos breves, una recopilación que dé cuenta de diferentes voces, tanto narrativas como del contexto.

Quiero, por tanto, provocar desde el juego con las palabras y con las formas de narrar, aún desde el reconocimiento de que esta propuesta no es nada innovadora en las expresiones artísticas, y que aún las historias no parten de sucesos que no se hayan explorado antes en la inmensa tradición literaria.

Estoy convencido de que un autor tiene obsesiones que lo persiguen hasta sus textos y que persisten incluso cuando no se nombran. Obsesiones mías tienen que ver con el erotismo, la tradición oral y algunos espacios para el chisme y la cotidianidad de la ciudad caótica latinoamericana. Sin embargo, existen resquicios en los que el deseo se me traslada a situaciones más naturales como el juego de complejidades en las relaciones humanas, la memoria de una infancia lejana, las reflexiones y angustias de personas que admiro, tanto desde la imaginación como desde el atestiguamiento de sus vidas.

Mi mirada, por tanto, está situada desde una influencia fuerte de autores latinoamericanos, es decir, desde un planteamiento del mundo distinto y una fantasía con una tradición distinta, que ahora puede estar muy cercana a la urbe, a los medios de comunicación, pero que es consciente de la oralidad, del campo, la violencia y en general las problemáticas sociales en las que nacen estas historias, problemáticas que se padecen a diario en nuestros lugares.

Ya tenemos por un lado una mirada centrada en sucesos cercanos e íntimos. Tenemos por otro lado la idea de que el canal de esta expresión se decanta en cuentos de extensión corta. Ahora bien, la forma como se vinculan estas ideas y se hacen creación literaria tienen que ver con el juego, es decir, con una concepción lúdica de la literatura. Considero que no hay otra forma de expresión literaria si no es a partir de un juego con la realidad que

propone situaciones injustas, irónicas, a veces reales y otras hipotéticas o que quedan abiertas a lo impredecible. Por esto es por lo que la estructura juega un papel importante y la brevedad se plantea como un limitante a la vez que una puerta, en el sentido en que abre el panorama a situaciones previas y futuras.

De allí parte la interacción y la influencia con textos como las recopilaciones de Lauro Zavala en *La minificción en Colombia*, en la que la brevedad, la ironía y el ingenio están presentes en cada uno de los textos. Los cuentos cortos del escritor argentino Enrique Anderson Imbert que presuponen un ejercicio de escritura y reescritura importante, no tanto en función de la extensión y no superar un número dictado de palabras, sino en función de las sensaciones y los giros sorpresivos que propone al finalizar la narración.

De Jorge Luis Borges y su libro *Ficciones* rescato para mí las situaciones fantásticas a partir de situaciones cercanas, la inteligencia con la que se plantea la situación y la información de la historia, como si de un crimen de los cuentos policíacos se tratara. De igual forma, de los cuentos de Eduardo Galeano como en *El libro de los abrazos* tomo la relación con la tradición oral, los mitos y leyendas que desde siempre han estado cercanos a la magia de los pueblos y sus misterios. También destaco sus cuentos de Galeano que proponen situaciones diversas a las conocidas a través de la historia, como un punto de vista alterno de lo conocido culturalmente y nos plantea la idea de ¿qué hubiera pasado si...? y ¿qué tal si la historia fue distinta?

Estas propuestas tienen en cuenta también lo que se ha dicho sobre el cuento en términos de sentido, más allá de la forma. La idea de Ricardo Piglia con la historia que subyace en la historia que se cuenta, los decálogos de autores como Horacio Quiroga o Antón Chéjov, entre otros.

Como “escritor” siento una responsabilidad con la literatura en tanto es mi objeto de estudio, por tanto, sé que de escritor se esperan actitudes y propuestas que presenten estrategias de creación diversas y para ello es necesario leer con ojos de escritor a grandes autores que han marcado un rubo y han abierto una puerta que me ha permitido acercarme a sus obras, muchos de ellos ya mencionados, pero reconozco cercanos a Álvaro Cepeda Samudio y sus ejercicios experimentales del cuento con temáticas irónicas y de cambios en las voces narrativas. Están también los cuentos de Evelio Rosero y su rebeldía con el

cuento tradicional hasta el punto de crearme una confusión y un desencuentro con algunas de sus temáticas. Por otro lado, resalto la exploración metaliteraria a veces en la relación autor-personaje de Luis Fayad y su juego con las expresiones de la ficción.

Quiero en este punto enfatizar en el juego como propuesta narrativa. Un juego que me permite cambiar de voces y pasar de narrar de una niña asustada a la narración en tercera persona del asesinato de un hombre. Puedo, por tanto, tener la libertad para encarnar la inmanencia de un hombre acosador y sus supuestos argumentos para sus delitos, como también sufrir la angustia de la mujer acechada y de ambos puntos de vista crear textos distintos, como una intención consciente o no de hacer una denuncia social, pero con el deseo de trascender ello y provocar en el lector un estado de conmoción. Este estado es posible solo a partir de una creación que conlleva en su ejercicio una reescritura y un despojo de las palabras, gestos e información que pueda ser innecesaria; ejercicio que algunos semejan con la carpintería y que yo asumo al pulir los textos, pero también a la hora de establecer sinónimos para las repeticiones, lecturas en voz alta que me permitan entender el ritmo de las frases y su sonoridad, como lo haría a la hora de crear un poema.

El juego, insisto, es la posibilidad de explorar el lenguaje, de impostar la voz y ponerse la máscara para ser uno y muchos otros, pero es también una herramienta de creación que se acerca con las manifestaciones de la vanguardia y de los talleres de escritura en la medida en que se aprende haciendo, se crea, se lija y se da forma a lo que podría ser una obra de arte. Este ejercicio tiene una particularidad importante que persigo y es la noción de colectividad, en la medida en que se crea con y para otros cercanos que dan opiniones, que quieren crear y que leen con ojos de escritores, editores o solo lectores distraídos. Pienso que este elemento es fundamental en ejercicio creador y que posibilita que la exposición al mundo sea distinta, como una desnudez previa en la que se toma confianza y se instala una intimidad para mostrarse luego, más bella, corregida, renacida del pudor y los vicios o con vicios conscientes que conllevan una intención estética. Así se establece, como diría Juan Gelman, el juego en el que andamos.

1.Amor de gente rara

1.1 Bibliomanía

No es que yo los robe, más bien hago que los libros me acompañen. Por eso me siento con el derecho a veces de llevarme de las librerías alguno de los ejemplares, no importa si tienen pasta dura o blanda, si están exhibidos en la entrada o si descansan arrumados en rincones como torres mayas.

Hace años trabajé con cintas magnéticas, con antenas antihurto y sistemas de seguridad, de manera que conozco los puntos débiles y ciegos, las maniobras, los visajes y sobre todo el momento justo para alargar la mano. Uno hace que se estira, que bosteza, que le duele la espalda y en un segundo ya tiene dentro de su saco un tomo enciclopédico, o de literatura, geografía, historia, o, incluso, uno vergonzoso de autoayuda. Luego emprende uno el camino hacia la salida, una sonrisa al vigilante y, con el “gracias,” comienza el hervor de la adrenalina que te empuja la sangre hasta la punta de los dedos, la euforia, la satisfacción y luego la calma, el sosiego, la anécdota y la ansiedad de la próxima ocasión. Así he logrado la colección que usted ve aquí y que va desde esta esquina, gira y repunta por toda la casa, mire cómo cubre cada pared y va hasta el baño.

Con todo y eso hay otras historias menos arriesgadas como esta copia que me prestó Mateo hace dos años, “Tienes que leerlo, por favor”, me dijo, pero aquí sigue, esperando el día que me aburra. También están los de lomo azul que eran de Ana y que me llevé el día que terminamos. El de la esquina, de pasta blanda, es de la biblioteca del pueblo. Sentí un poco de lástima, no lo niego. Están estos dos de investigación que olvidé devolvérselos a un profesor de Física... o a él se le olvidó reclamármelos, no sé.

Los de experiencias más interesantes son estos otros, los del centro comercial y del museo, o esta edición bilingüe que encontré en un mercadillo ¿Que ya se va? Lástima. Está bien, luego se las cuento. Todos estos libros tienen una historia, claro que sí, pero yo casi no leo, qué ironía ¿no?, me gusta más la historia de cómo llegan hasta aquí.

Bien, hasta pronto.

Espere... ¿qué lleva ahí?

1.2 Del que agoniza

El hombre yace tendido en la calle con la mirada fija en el cableado eléctrico. La acera sostiene su cabeza como una almohada y sus manos señalan una dirección contraria a la de sus piernas. Se lo ve incómodo, le cuesta moverse y respirar.

“Mi niña”, logra decir en un murmullo porque piensa en su hija. Hace días la vio nacer y quiere tenerla en un recuerdo palpable. “Mi niña linda”.

Minutos antes una bala le atravesó el hígado. La segunda le rozó apenas el vientre. “Es como un encalambrón”, piensa que le dirá a su mujer después, cuando le pregunte qué se siente un disparo.

Sabe que la humedad en las yemas de sus dedos no es agua y de pronto siente una sed pastosa, insistente, la sed del que agoniza.

“Te amo, Julia”

No sabe si lo dice o si lo piensa porque no siente ya los labios.

Empieza el frío y un estertor que acomoda su postura, de a poco, en cada oleaje de los pulmones que resisten.

Tiene una consciencia, una consciencia feliz que percibe más allá del poste de luz: una nube gris y enorme que se acerca, una nube que amenaza con opacar la tarde, la mirada y la sed.

1.3 Olvidado

Hace unas semanas descubrí asombrado que volvimos a ser vecinos, después de 11 años y tres meses del día en que se fue con su vestidito de boleros. “Está soltera”, me dijeron, “pero se cree rica porque evita miradas y no reconoce a nadie”.

El otro día, cuando me asomé por el patio, la vi en el primer piso, lavando su ropa interior. “Hola, Juliana”, le dije. Yo quería hablarle de la foto de los dos y que tengo guardada en mi libro favorito, pero con el saludo se asustó, me gritó “idiota” y se metió a la casa sin enjuagar los calzones.

Otra vez salió a fumar en la madrugada y, como solo se veía la ceniza encendida del cigarrillo, le susurré para que nadie la pillara. Esa vez quería hablarle de los amigos que también se fueron y que yo sí recuerdo, pero se volvió a espantar y se entró maldiciendo y como con ganas de llorar.

Por todo eso ya no le hablo, solo la miro, porque sé que se enoja si le declaro mi amor. Ayer por ejemplo se molestó cuando le quise tomar una foto porque estaba en toalla, yo qué culpa, la toalla era del mismo color del vestido de mi foto y el flash estaba activado, lo siento.

“No puedes acercártele, Julián”, me dicen ahora, y los vecinos no me dejan hablarle, ni pedirle disculpas o mostrarle mi libro de anatomía.

Hoy vienen a taparme la ventana del patio y me dijeron que la policía podía venir si no me comportaba.

Pobre Juliana, tiene muy mala memoria.

1.4 Otra botella

Desde el momento en que me lo contaron y hasta el día de su desaparición, recuerdo que la botella que había guardada en el último estante de la vitrina de la sala hizo parte del matrimonio de mis padres. Nunca supe, eso sí, por qué la guardaron tanto tiempo, si fue alguien de la fiesta que la despreció o por qué el recuerdo perduró escondido por tantas décadas, a pesar de los incontables trasteos y desgracias de la familia.

En las mudanzas era mi madre quien escoltaba la botella y ella misma me advertía muy seria cuando, de niño, hacía saques de tiro de esquina desde el patio hacia adentro, o cuando inventaba tiroteos con mis primos entre los muebles.

—Esa botella vale más que esta casa.

Había visitas curiosas que preguntaban por ella y se quedaban un rato con esa mueca de sorpresa en la cara porque aseguraban que justo esa cosecha estaba descontinuada hace años y que quizá se estaba haciendo más y más valiosa conforme pasaban los años.

Mi padre decidió entonces esconderla del mundo, la guardó en su nochero y a veces se lo veía contemplándola en sus manos, remarcando con los dedos sus bordes; era como si estuviera obsesionado con la imagen inscrita en la etiqueta.

El día en que la botella desapareció mis padres estaban en misa y para entonces yo ya vivía solo. Según la versión de ambos, se trataba de un ladrón que había investigado y les había seguido las rutinas diarias desde hacía semanas. Sin embargo, habían encontrado la casa en perfecto estado, sin desorden. Únicamente el nochero estaba abierto y no había rastro de la botella.

Quisiera afirmar que, con el tiempo, tuvimos la respuesta a nuestras dudas, pero no, todavía sigue siendo un misterio en la familia. En algún tiempo pensamos que había sido alguno de mis primos, incluso hubo quien sugirió que ese día hubo complicidad de algún vecino que vio salir a mis padres hacia la eucaristía. Nunca lo supimos.

Lo cierto es que desde entonces mi padre se dio al licor y a las crisis depresivas, ciego de dolor por su pérdida se embriagó cada semana sin falta hasta el día en que sus riñones no

dieron más. Mi madre, por su parte, sufrió durante largos años ambas ausencias y terminó por perder la cordura. Sus últimos meses en el hospital me recordaron los días de mi infancia porque parecía recitar su frase de entonces con una calma y una angustia por igual.

—Esa botella valía más que esa casa...

1.5 Distracción

Buenas tardes. ¿Qué tiene de almuerzo? Uff, qué calor. Sí, señor, tenemos sopa de pastas, frijoles o mondongo. ¡María, sale uno completo! El almuerzo viene con res, cerdo, chicharrón, posta o ya bandeja a 15 y hoy hay tilapia, trucha y bagre. Tráigame una sopa de mondongo si me hace el favor, con cerdo. ¿Cerdo? Sí, ¿y de tomar qué tiene? Jugo de tomate de árbol, lulo, guanábana, fresa y maracuyá. ¿Tiene guarapo? Sí, señor. ¿Un guarapo entonces? Sí, muchas gracias. ¿Y para la señorita? Lo mismo, gracias ¿Lo mismo? Sí, muchas gracias. ¡Dos mondongos con res para la mesa tres! Señorita, era cerdo. Perdón. ¡Era mondongo y cerdo para la tres! Gracias. Con gusto, señor. Aló, aló. Maldita sea, aquí no hay señal. ¿Viste el lunar que tenía? ¿Quién? ¿dónde? Cómo que no, en la cumbamba. No me fijé, pero sígueme contando. Ah, sí, cómo te parece que Cecilia nos estuvo contando en el grupo de la gimnasia que hace muchos años en la iglesia de Media luna... ¿La conoces? Claro. Bueno. Disculpen, ¿el mondongo para quién? Para mí, gracias. Con gusto. Entonces en la iglesia se casó una parejita, el hombre la enamoró con palabras y le prometió el cielo y la tierra, la envolvió con mentiras y resulta que se casaron un martes o viernes 13. ¿Pero entonces no sospechó? Nada, ella estaba en su ilusión. Perdón, la bandeja de cerdo. Gracias. Señorita, falta la bebida. Sí señora, ya mismo. Gracias. Y cómo te parece que se casaron, muchos invitados, el sacerdote era nuevo en la vereda y todo muy bonito... hasta la noche de bodas, porque el tipo consumó todo, como se dice, y al otro día desapareció. Lo buscaron por todo el pueblo y nada. La dejó ansiada a la pobre. ¿Era tía de Cecilia? No, te dije que era vecina. No, no me dijiste eso. Te lo dejé muy claro. Bueno, no te molestes, esta sopa está como simple. Aquí está el guarapo, señor. Gracias. De nada. ¿Ahora sí le viste el lunar? Sí, en la cumbamba. Peludo. Se parece a la tía Rita, ¿cierto? ¡Aguacate, aguacate! Señorita, ¿dónde está el baño? Al fondo en las escalas. Gracias. ¿Qué te debo? Con permiso. A la orden. Aló, aló, no, definitivamente aquí no hay señal, tengo que contestar más tarde en la calle ¿Entonces? Ah, pues resultó que la señora, obviamente dolida y preocupada se fue y lo buscó hasta en Medicina Legal, lo buscaron por todos lados y nada, al final contó Cecilia que a la señora le aconsejaron meses después que fuera a la arquidiócesis de la ciudad porque en Media Luna ya oficiaba otro sacerdote y nunca más volvieron a ver o a saber del que los casó, y resultó que el tal sacerdote no aparecía en ninguno de los registros de

las iglesias y la mujer quedó destrozada, enamorada y engañada, por supuesto, habiéndole entregado su virtud a un completo desconocido. Por Dios, no puedo más. ¿Sí me escuchaste? Que sí ¿Cómo te pareció? Tenaz... este mondongo está horrible.

1.6 Mujer

La seguí desde que se subió al autobús, pagó el pasaje y se sentó adelante, como hacen las señoras mayores.

Seguí de largo por el corredor, ocultando mi rostro para que no me reconociera. Atravesamos media ciudad y por momentos me olvidé de su presencia.

Cuando llegamos al centro, se levantó de golpe, como si fuera a perder su destino. Al verla pasar hacia la puerta, tuve que fingir que me amarraba los zapatos. Se bajó. Para evitar las sospechas, me bajé del autobús una cuadra después, aunque tuve que correr para alcanzarla.

Ella subió al puente peatonal, se apoyó en la barra y contempló la calle con una mirada triste. Escondido al pie de la escalera seguí observándola hasta que un hombre apareció en el otro extremo, subió y se acercó a ella con paso animado.

Subí hasta el rellano, desde donde pude enfocar con mayor claridad el momento en el que el hombre se le acercó por la espalda, la abrazó y ella, complacida, se dio la vuelta para besarle en la boca.

Con esa imagen gané un concurso de fotografía urbana, y también una prueba sólida para solicitar el divorcio.

1.7 Sombra

Bajo la cama de mis padres permanece hace días una sombra extraña.

Desearía que mis padres me creyeran y actuaran, que sus oraciones persiguieran también a los fantasmas. Desearía que fuera solo mi imaginación y que la alteración de mis sentidos se atribuyera a una firme imagen desproporcionada, pero el ciclo se repite cada noche y yo, sentada aquí y ahora, escucho a lo lejos sus voces apacibles.

Ambos subestiman mis temores, incluso han intentado acallar mis recuerdos y han insistido en quedarse en la cama un tiempo irracional, adheridos a las sábanas y sin deseos de escapar ni de salir al campo. Es como si una fuerza inconsciente o superior, una presencia divina los dejara vulnerables, los desalentara hasta el punto de afectar su voluntad y su deseo.

Los miedos me persiguen y mi intuición me dice que debo hacer algo, pero estoy sumamente indecisa ante la consciencia de esa presencia que reverbera bajo su lecho.

Para ser honesta, el solo recuerdo de esa imagen hace que mis miedos avancen invariablemente y de un modo imprevisible. Los ruidos imprecisos me hunden en un delirio profundo y oscuro.

Aun así, en el fondo de mi mente sé que puede ser un sueño, la locura final de casi oír a mis padres, porque irremediabilmente ya no están conmigo.

1.8 Sola

El maldito viene persiguiéndome desde la estación, o antes, no estoy segura, pero allí sigue, a unos pasos detrás de mí y no se aparta. Cruza la acera cuando yo lo hago, ¿sabrá que yo sé que me persigue?, ¿lo habrá notado?, hace unas cuadras que ya hay poca gente en la calle y no sé cómo virar hacia otro rumbo y escabullirme entre los transeúntes. Por lo menos en el metro me sentía segura de que un grito alertaría a la muchedumbre y todos se irían sobre él, pero aquí en la calle es distinto. No he querido voltear más veces de las normales en las que una mujer lo haría para ver si un auto pasa y ya me he detenido varias veces frente a las vitrinas, fingiendo que me interesa algo de alguna tienda barata para mirar con el rabllo del ojo si el idiota detiene su marcha, o si por suerte ya no está, pero no, allí sigue con su camisa verde limón y sus gafas oscuras, no creo que sepa que yo sé que está allí, tratando de mantener una distancia prudente que no levante sospechas, pero no, no he logrado reconocerlo en los vistazos disimulados que he echado hacia atrás. Debe ser el desgraciado de Juan, seguro es Juan... pero Juan tenía el cabello largo y un tatuaje en un codo. Pudo haberse cortado el cabello, y el tatuaje del codo estar escondido de mi vista porque siempre se me muestra de frente. Puede ser su amigo Diego, pero Diego nunca se vestiría así, o eso creería yo y con ese motivo se aliaron para perseguirme y saber dónde estoy viviendo hace meses. Podría tratarse de una simple coincidencia y que el hombre tenga un rumbo similar al mío, pero hace unas cuadras he caminado sin saber a dónde voy, porque siento sus pasos tras de mí y me parece reconocer ya su taconeo rítmico y seco, de un asesino silencioso y calmado, de esos que pacientemente esperan a tenerte a un metro para tomarte del cabello y ensartarte un cuchillo en las vísceras, o agarrarte de pronto del cuello, taparte la boca y meterte en un callejón sin salida, ocultos del mundo para acorralarte en la oscuridad y el bullicio y amenazarte con todo, para desahogar su deseo, cumplir sus perversiones con la navaja en el cuello y no valen las lágrimas, los forcejeos. O puede ser una red completa de hombres, envueltos en un negocio de trata de blancas y, en un descuido en el que yo deje de mirar de reojo hacia alguno de los lados, pondrán una bolsa en mi cabeza y un auto que estuvo esperando hace kilómetros se acercará, me subirán a él, amordazada y golpeada si es que tengo

fuerzas para resistirme. O debo estar loca y no es más que un hombre común, pero entonces no me hubiera seguido hace tanto, no estaría siempre a unos pasos con su taconeo maldito y yo sabría a dónde ir, porque no quiero dirigirlo a un lugar conocido o cercano o de algún familiar, no quiero que nadie corra la misma suerte que pueda tocarme si ese hombre me alcanza y nadie nos ve y la gente suponga que somos una pareja bromista que juega a los forcejeos en mitad de la calle y yo esté aún más loca por gritar “¡Que me suelte!” y “¡Ayuda, por favor!”, y me crean una histérica que quiere hacer una escena dramática porque su novio no le da lo que quiere, y mientras pienso esto sé que su paso se ha acelerado y ya no sé si mirar, si detenerme de golpe y veo las rayas del piso sin forma, las vitrinas han quedado ya muy atrás y no creo que las piernas me den para echarme a correr y me tiemblan las manos y siento seca la boca y no creo que un grito me salga, ojalá que este hombre no quiera, por favor, Dios mío, hacerme algo, no quiero que en las noticias mis padres lo sepan y yo sea una más que buscan por días para hallar en un río, no quiero, no quiero, no quiero morir en esta calle y ahora, no le he hecho mal a nadie, juro que no, ni siquiera lo he vuelto a mirar, no he vuelto a voltear la cabeza para comprobar su presencia, no sé a dónde voy.

1.9 Confesiones

“Y contendí con ellos, y los maldije, y golpeé a algunos de ellos, y les arranqué los cabellos y les hice jurar, diciendo: No daréis vuestras hijas a sus hijos, ni tomaréis sus hijas para vuestros hijos ni para vosotros mismos.” Nehemías 13:25

–Acúsome, padre, de que he pecado. Hace ya dos semanas que no me confieso, porque la semana pasada ocurrió lo que usted y todo el pueblo ya sabe, padrecito. Fueron los hijos de don Ernesto, ellos me lo mataron, a mi único hermano y todo por mi maldita culpa, ay, acúseme por maldecir, padre mío, pero claro que fue mi culpa, fui yo quien le plantó la idea en la cabeza aquel día de desesperación. Usted sabe, padre, que somos gente buena y humilde y que lo que dice todo el pueblo es blasfemia. Le juro, padre, ahora que me he quedao solita, que no vivo más que de la misericordia de los que de verdad me conocen.

Nunca conocí humillación más grande para la memoria de mis padres, bendito sea el Señor, desde que don Ernesto paseó a mi hermano por toda la vereda como a un nazareno. Ya lo había presentado yo desde el viernes hace tantos días cuando vi a don Ernesto y a su hijo mayor que iban arriando unas bestias hacia el patio de la escuela. Toda la vereda debió verlos porque bajaron por el camino en un solo ruido con 15 cabezas bien alimentadas, las arriaron hasta el patio de naranjos y allí se quedaron. En estos cerros una vaca parida es todo un acontecimiento, padrecito, pero lo que pasó esa noche acabó con todas mis fuerzas. Ahora todos me ven como la hermana del ladrón Nehemías que se metió a medianoche y sacó las reses de don Ernesto, las peló y repartió por todas las casas en silencio antes de que saliera el sol. Ya no soy la sierva devota que usted, padrecito, ve aquí cada domingo sin falta. Soy la beata hermana del Nehemías ladrón que deshonoró su nombre y entregó la carne de las bestias a sus amigos en la vereda; el Nehemías que fue descubierto al otro día por la sangre en sus ropas y al que ataron a las riendas de los caballos para exhibirlo como un borrego por todas las casas. Miren al ladrón, el hermano de la beata que va a dejar morir el apellido como se mueren las flores de los santos.

–Acúsome, padre, de que he pecado, sí, señor, he visitado a otras mujeres y la bebida y el juego me siguen como una sombra ¿Cómo dice? No, señor, eso es todo por ahora, aunque si tengo espacio, señor, puedo intentar otros pecados ¿Que qué más quiero confiarle? Nada, mi señor, con todo respeto, pero ya sabrá usted las últimas noticias de la vereda de parte del corrillo de faldas que vienen a exagerarle las verdades. Yo estoy aquí porque el deber cristiano me lo obliga, por todo lo demás tengo mi conciencia limpia. Mi señor padre y yo llegamos hasta donde el rejo de Dios no alcanza. Nehemías era el ladrón a la izquierda de Jesús, un hombre sin redención que olvidó la ofensa de su hermana cuando rechazó mi intención de unir las familias en sagrado matrimonio. La única verdad es que esos animales eran legítimos de mi padre y toda la vereda debería estar agradecida con la misericordia de don Ernesto, un hombre que ha sabido dar la limosna y que acoge en su casa a cuanto niño hambriento se le acerca. Nuestra casa parece hoy por hoy un orfanato más, para que encima este ladrón nos saque el pan de la boca y en una noche toda la vereda se embuchara de la sangre del delito y el pobre cabrón como un héroe. Por

esa razón lo llevamos a caminar por todo el pueblo. Se los convertimos en leyenda a este pueblo ingrato con el aviso sobre el hombro de ladrón de reses, eso era, mi señor, un ladrón de sangre que pagó con sangre. Quizá ahora su hermana se lo piense otra vez y se case conmigo, a ver si algún día le sacamos fruto a esa breña que tiene por finca... ¿tres avemarías? Sí, señor.

—Acúsome, padre, porque he pecado. Hace mucho tiempo que no me confieso, padre, desde mi primera comunión. Sí, padre, entiendo, tengo que venir más seguido, y lo voy a hacer porque en el desfile fúnebre de don Nehemías me hice amigo de un señor que monta a caballo y deja que los niños más grandes nos agarremos de la cola del animal hasta arriba hasta el cerro. Perdón, padre, mi pecado es que vi las cosas malas que hicieron los hijos de don Ernesto y eso es pecado. Fue el viernes antepasado, yo estaba junto al portón de la finca de don Ernesto. Casi todos los niños de la vereda esperamos en la sombra del portón porque los viernes sale Carmen, la hija menor de don Ernesto, que está en tercero y es más grande. Carmen nos da arroz y nos recuerda que, por orden de don Ernesto, no podemos llevar jícaras ni bolsas, solo lo que nos quepa en las manos y mire, padre, mis manos han crecido, pero a todos se nos riegan granos cuando bajamos a toda prisa a nuestras casas. Las tardes después de la escuela, los niños nos dormimos en el portón para espantar el hambre y ese viernes fue especial porque llegó don Ernesto en persona con su hijo mayor y una estampida de vacas y novillos marcados. Todos tuvimos que apartarnos del portón para que entraran y, cuando volvieron a cerrar, la fila se desordenó y nos peleamos para nada porque Carmen no salió en toda la tarde y se hizo de noche y todos bajamos a nuestras casas con las manos vacías. Sí, padre, perdóneme, porque el pecado fue haber comido carne en la madrugada de un viernes. Mi mamá dice que todos los viernes son santos y que no se puede comer carne, pero como en la casa todos los días parecen viernes, y como nunca había probado para mí solo tanta cantidad de carne, me llené con tantas ganas que la carne me hizo daño y la vomité en la letrina y la comida es sagrada, padre, yo lo sé, y ahora los vecinos dicen que esa era la carne del pecado. Mi madre dice que don Nehemías estaba cansado de ver la injusticia, pero yo no entiendo por qué se desquitó con las vacas, aunque estaba muy rica la carne, aun sin el arroz que nos da Carmen. Acúsome, padre, porque fui grosero con mi madre, porque vomité la comida y porque vi la procesión en la que golpearon a don Nehemías, lo desnudaron, le colgaron el cartel de ladrón y lo hicieron subir todo el cerro con una cuerda en las manos.

–Señor, luego de despedir la vida de este hombre asesinado y luego de haber atestiguado la tortura en el cuerpo de un hombre, me presento a ti porque he pecado también. La murmuración de este pueblo me hizo ciego a su realidad miserable. Por eso cuando tu hijo Nehemías vino a mí a confesar lo que habría de cometer, mi asombro no pudo ser menor. Un hombre sin nada que perder más que la vida y que yo dejé ir hacia el abismo. Además de esto, he visto en silencio a una familia que ha usurpado de a poco cada piedra y cada vida. Confieso mi pecado ante ti, Señor, porque he dejado perder una y mil almas y he permitido la injusticia de tu pueblo. He evitado la mirada del hambre y he olvidado que tu siervo Nehemías, en las sagradas escrituras, golpeó a los injustos, pero qué hago, Señor, él peleó con quienes no respetaban el descanso de los sábados y con quienes deseaban a las mujeres ajenas. Nehemías ya partió hacia tu gloria... solo falta don Ernesto.

1.10 Pianísimo

En el recital del viernes la mujer se había imaginado de repente las manos del pianista por su cuerpo.

El sábado volvió, solo para verlo, obsesionada esta vez con el movimiento de los dedos finos, el perfil agudo y el cabello ondulante sobre el pómulo.

Por suerte para ella el domingo llovió y pudo, ante la escasez de espectadores, sentarse en la primera fila del teatro. Allí, bajo el vestido salpicado por los charcos, se atrevió por fin a esconder las manos entre las rodillas y comenzó a tocarse a oscuras y al ritmo de la música. El placer se le fue acoplando al ritmo, se sintió dentro del piano, oculta del público, con un pasadizo secreto entre las piernas por el que el pianista podía deslizar sus dedos y afinarle los gemidos.

El lunes la mujer no regresó, ni al teatro ni a la vida, y el pianista siguió su gira exitosa mientras en los periódicos lo comentaban. Se decía incluso que su interpretación convocaba a los fantasmas.

1.11 Circo

Hace unos meses llegó un circo al barrio.

Primero instalaron un esqueleto gigante de madera que parecía un escarabajo devorado por hormigas, y al día siguiente extendieron la carpa azul que se fue inflando con una banderita de Colombia en la cima.

Los hombres y mujeres fueron ocupando el resto de la cancha de cemento con puestecitos de dulces y frituras y todos nosotros acudimos a verlos trabajar.

Días después recorrieron las calles en un carro viejo y, con un megáfono, avisaron del día del estreno. La fila se formó desde temprano y una hora antes ya le daba la vuelta entera al parque.

Esa noche, después de la función, soñé que me besaba una contorsionista vestida de payaso.

Luego de unas semanas empezaron a anunciar con mentiras que el circo se iba, de manera que dejé de ir y me dediqué a inventar espectáculos en mi cuarto.

Algunos me han contado que el circo ya huele a orines y que el viernes pasado, en medio del acto del mago, una de las tablas se quebró y varios se fueron de culos contra el suelo. Me hubiera gustado verlo. Así como ver cuando hipnotizaron a Iván y lo hicieron bailar electrónica en calzoncillos.

Cuando el circo por fin se vaya, espero ver cómo desmontan el armazón y los puestos de frituras. Ver desde la ventana de mi casa cómo los hombres sucios y las mujeres sucias se despiden con su carpa azul, con su bandera opaca y sus tablas quebradizas, mientras la contorsionista y yo hacemos nuestro numerito.

1.12 Mangifera

Cuando veo ese árbol pienso en aquel que había en el solar, ¿te acuerdas?, con esa rama alta que giraba hacia la izquierda y que nos servía de silla cuando mirábamos a los viajeros entrar y salir del pueblo en sus camiones.

La rejilla me hace ver las ramas divididas, como si fueran un tejido inmenso que se mueve con el viento. Recuerdo el colibrí en el vestido que te bordó mi abuela, y cómo se manchó con la savia de uno de los mangos.

Ahora miro al suelo, y el olor de la celda se me sube por el tabique torcido, me vuelve la rabia y no entiendo para qué te hablo si no puedes responder dentro de mi cabeza.

La ventana que da hacia el patio trae el rumor de las visitas y tú no puedes, no quieres, no vienes y nunca sabré si tuvieron que arrancar el árbol de raíz o si después del accidente sigues viajando en camiones cargados de mangos que de vez en cuando se salen de la carretera.

1.13 Callado

El hombre le entrega la nota y le dice que por favor no piense mal, que él solo ha querido compartirle unas palabras que lleva guardadas hace semanas. Le dice que es tímido y quiere decir más, pero se calla de pronto y la mujer ve cómo tiembla la mano que le extiende el papel.

Ella sigue el movimiento de su mano y lo toma. Mira al hombre a los ojos y sonríe porque no recuerda cuándo fue la última vez que alguien le dio una carta, un poema o algo parecido. Le dice que tranquilo, que tan bello, que muchas gracias y que lo voy a leer con mucho gusto.

Ambos esperan unos segundos a ver quién dice hasta luego, pero el silencio incómodo los obliga a moverse unos metros hasta que ambos intuyen que ya no ocupan el mismo lugar.

La mujer lee una confesión de amor en letras aplastadas que estuvo esperando sin decirlo. Sabe que no puede corresponderle, ambos saben el destino, luego de que a ambos los entierren en las fosas que les han hecho cavar desde ayer y de que su amor de miradas no lo vaya a saber ningún noticiero del país.

1.14 Celos

Para la segunda noche de desvelo, el poeta abandonó la cama e improvisó como pudo un sillón hecho de libros viejos en un extremo de la habitación. Se sentó y notó complacido que la incomodidad le impediría dormirse, respiró en silencio y fijó la mirada en la negrura del otro extremo, justo donde estaba la cama y, noches antes, había estado Andrea.

Cuando la primera idea de un poema le interrumpió el silencio, extendió con ansias la mano hacia la pared y se fue palpando la textura del bareque en busca del interruptor. Se puso de pie y siguió su búsqueda hasta la cama que todavía olía a Andrea, y el recuerdo de su costado desnudo y su afilada uña, le aclaró aún más la imagen en la cabeza.

Rápido, se dijo, tenía que escribirlo antes de que el ritmo de las sílabas se le escapara, y confiar en que la luz no le espantara la espesa claridad de las ideas, pero cuando halló el botón no funcionó. Recordó el recibo de electricidad vencido y entonces se fue dando tumbos hasta el escritorio.

Fue repitiéndose en voz alta el poema. Revolcó en la penumbra los papeles a ver si daba con un lápiz y lo halló, regresó feliz al sillón de libros y se dejó llevar sobre las hojas sueltas.

Esperaba que en la mañana el poema fuera legible para que Andrea lo encontrara algún día entre los libros y así supiera que él la amaba a pesar de esa noche furiosa en que su amor y sus celos lo dejaran ciego.

1.15 Perfidia

Llegamos y a medida que bajamos las escalas tuvimos que gritarnos porque el sótano retumbaba, reverbera, niño, me decías, reverbera, y me sonó como a verbena, esa planta con la que castigaban a los niños desobedientes y yo que tenía novia, chica, qué diablos hacíamos en esa penumbra, con esa música y ese deseo, niña, pero luego te miré las uñas comidas de los dedos y vi cómo se alzaban con tus manos tras tu cuello para hacerte una cola de caballo, hermosa, pensé, una cerveza, propusiste, segura de ti misma y decidida hacia la barra, la Yuli de todas las semanas, pensé, que trae a uno más y se lo engulle en esta bodega de una ciudad oscura y peligrosa, pero antes de pedir las frías tus caderas y tus ojos se desviaron hacia el centro de la sala, niño, ven, dijiste y yo sentí toas las miradas sobre mí como la sentimos todos a quienes nos da vergüenza bailar, chica, al menos sobrios, en un lugar en el que todo suda y todo tiembla como en el amor, niña, pero no obedecías mi mirada y fui yo quien tuvo que seguirte hasta el medio de la pista con ese vapor, al lugar al que apuntan toas las luces. Tomé tu cintura con mis manos húmedas, niña, y tú juntaste tu frente con la mía y me gritaste la letra de esa canción que te encantaba, hablaba de un amor prohibido, qué guapo estás, chico, pídemme que te bese, me gusta que lo digas, y yo pensaba en las miradas de los que estaban sentados y en mi novia Sandra, alguien va a contarle, me dije, pero Yuli es cosa brava. Quería llamar a Sandra para decirle que lo nuestro no podía ser y así besar a Yuli sin remordimientos, pero ya no hay tiempo, chico, vamos por esas cervezas heladas y esperemos que empiece la otra canción. Hola, Yuli, te dijeron por la espalda y tu volteaste y saludaste a una pareja de amigos que no veo hace años, chico, desde los tiempos de la sangre, entonces estreché sus manos, también húmedas, es tu novio, preguntaron, y respondiste que sí y me mordiste la boca en ese sótano de mala muerte, donde todos transpiran, incluso el techo, las escalas y las paredes pintadas con los rostros de los grandes de la salsa. Vengan a nuestra mesa, nos dijeron, al lado de la pared de Celia Cruz, pero la canción que empezó a sonar también te encantaba y tuvimos que bailar la con las cervezas en la mano, seis minutos en un infierno dulce en el que nos pisamos, nos rozamos y besamos como se debe, callados y extasiados para que nos suden las narices y los sexos. Me gritaste cosas bravas, chica, al oído mientras bailabas y yo te moví con mis manos al ritmo de los embates de mi sexo, no me sonrías así, dijiste, niño, que no aguanto, luego te hice un gesto de secreto y me

ofreciste tu oído para escuchar, pero yo te lamí sin aviso y tus rodillas fallaron de pronto, vámonos de aquí, chico, paguemos las cervezas, conozco un lugar cerca y barato, niño, qué dices, y yo encantado, Yuli, vamos, vamos pronto, chica, que necesito hacer una llamada.

1.16 Cocina

En una de aquellas casas hay una ventana oxidada que da a la cocina de la abuela. En esa ventana, la abuela solía distraerse con las formas de las nubes y solía contarnos cómo era el tío Luis, el menor de seis varones que se fue un diciembre, y sin despedirse, a recorrer el mundo.

Era muy loco ese muchacho, nos decía la abuela, y los nietos nos mirábamos con el rostro de lástima porque nuestros padres nos habían contado desde niños que el tío Luis sabía que un día vendrían por él: se despidió de todos los hermanos un domingo a la hora del almuerzo. Los tíos decían que la abuela omitía ese recuerdo y que por eso lo esperaba, apoyada en la ventana, soñando con verlo aparecer por una esquina y con la maleta del ejército al hombro, lleno de tatuajes y con esa sonrisa que habíamos visto en fotos y que le escondía los ojos.

Hace unos años que la abuela vive en otra casa, con uno de los tíos, y parece estar más tranquila a pesar de que en esa cocina no hay ventana. Insiste en atender a la familia en cada navidad y, a veces solemos olvidarnos de la historia. Los tíos, y sus miradas, nos recuerdan que cuando la comida está servida, todos, sin excepción, estamos obligados a guardar un profundo silencio.

1.17 Desvelo

Los hombres también tenemos una pausa en las caderas, un vaivén ceñido y brusco pero amable que descansa en un recuerdo que no es nuestro. Es quizá sea de algún ancestro que me transporta con los ojos cerrados hacia una procesión de nómadas milenarios.

El ritmo de mis pasos te gusta, te arrulla. Mis zancadas son cortas y pesadas a lo largo de todo el corredor.

Puedo imaginar que el recorrido de mis pisadas se alcanza a oír con fuerza en el piso inferior, pero me preocupa más que tu llanto despierte a todo el barrio. A veces me detengo frente a un cuadro y busco tu mirada en su reflejo oscuro. Los ojitos todavía abiertos.

Me vuelvo un tigrillo que ronronea como una bestia amable. Entonces me pongo a ronronear como un tigrillo para que me sientas como a una bestia amable, y una canción sin nombre me sube desde el pecho y de la infancia para entregártela como un rumor cansado que viene y va por este pasillo frío.

Doy la vuelta y vuelvo a bostezar hasta que un pensamiento me distrae del desvelo y es que hay deberes nuevos para un joven cazador que ahora siembra raíces junto al fuego. Además, no hay huevos para el desayuno.

De pronto tus brazos se sueltan y tus ojos se han cerrado.

Me salgo del camino hacia el calor y despacio, muy despacio, me tiendo junto al fuego boca arriba.

Mi respiración te mueve entre su oleaje mientras tu saliva me va empapando la camisa. Puedo quedarme así: con la certeza del buche lleno, de la leche tibia y de que mañana no tengo que ir a trabajar.

1.18 La novia de Harold

Hace días la exnovia de Harold me contó que ese idiota se había estrellado en la moto por la autopista. En uno de sus piques o maniobras perdió el control, me dijo, y había acabado debajo de una tractomula. Siguió hablando y llorando, pero yo me fui en su voz y sus gestos y me acordé de que ella y su boca, ella y su sexo, había pasado por cada uno de los muchachos de la banda, incluido yo.

Lo que pasa es que Harold era un orejón. En la escuela todos lo llamaban Dumbo o Satélite y, cuando se lo decían de frente, él se partía de la ira y les gritaba a todos una sarta de apodosos inventados que nunca pegaban, perseguía a los más pequeños por todo el patio, y era peor muchas veces porque el perseguido se volteaba a gritarle entre risas que mucho cuidado, que con esas alas iba a dar en las nubes o que lástima que ese paracaídas lo hiciera correr tan despacio.

Era malo con las tareas y malo con los juegos, perdía tazos, se caía en el cero contra pulsero y más de una vez lo sacaron del salón. Pero Harold había sido mi amigo, sus zancadas brutales eran el primer sonido de las madrugadas cuando llegaba hasta la puerta de mi casa. Siempre lo llamé por su nombre y nunca me burlé de sus torpezas, ni de su figura más larga de la cintura a los pies, nos caíamos bien y nos íbamos juntos de la vereda a la escuela, aullando como lobos, gritando como gatos salvajes, lanzándonos frutas, haciéndonos muecas, contándonos todo.

El día en que me contó que había conseguido novia me sorprendió, tal vez por la envidia o por no creerle del todo, pero fue la única vez que me reí de su aspecto y le respondí que pues claro, que a las niñas les gusta que un novio las escuche y él con esas orejas inmensa qué no iba a escuchar.

El rojo en su cara se fue esparciendo del cuello a la frente con odio, me empujó hacia la reja y yo le devolví el manoteo hasta que vi el brazo de Harold ondear detrás de su hombro y dibujar en el aire la parábola perfecta hasta mi pómulo izquierdo. Fue un derechazo certero que me hizo ver la reja, la puerta, el patio, las caras ansiosas, todo eso al tiempo que la sangre y los mocos se unieron a las lágrimas y me pintaron el rostro de amistad

bien quebrada, de por qué, de le voy a decir a la profe, malparido, y no me vuelva a hablar en la vida.

Lo que nunca supo fue que años más tarde los muchachos y yo decidiéramos todo en el barrio, ni que su puño me hubiera dejado una cicatriz más adentro que afuera. Quizá esa muchacha nunca lo quiso porque hace unos días que sale con Paco.

Nadie lloró, nadie extrañó ni contó anécdotas de Harold. Algunos recordaron su nombre con el cartel del funeral. Solo yo sentí bien adentro unas profundas ganas de ofrecerle mi otra mejilla.

1.19 Trampa

El solar de mangos y naranjas.

Las hojas tejen la manta del barranco.

Ya llegarán los azulejos desde el páramo.

Puse agua dulce sobre el brazo del árbol que trepamos. Una cuerda atada de la puerta de la jaula.

Ya vendrán con su alarido de plumas y de cantos, para el cielo. Yo detendré el aullido de mi lobo y lo dejaré tendido hacia la sombra.

—¿Los escuchas?

—Sí, deben estar en el bosque que allí queda.

Ellos ocuparán cada rama con sus fibras. No dejarán espacio a las hormigas. Yo diré silencio que allí vienen. Y la mirada de mi hermana, amplia y gris, apoyará mi causa. La espera detrás de la ventana entre susurros. Y el vuelo trémulo hacia adentro. El cierre parco de la jaula. El grito asombrado de mi hermana... y el grito de mi madre.

Abriremos la puerta del solar hacia la trampa.

Antes de que madre irrumpa y nos aparte. Tomaremos con esfuerzo su batir en nuestras manos. Escondremos el vuelo en nuestra espalda.

Ella ama los pájaros.

Al llegar nos pide que mostremos.

Y con la culpa en nuestros pechos, el corazón de colibrí, abriremos nuestras manos. Las aves partirán, agradecidas con la mujer del delantal curtido.

1.20 Martina

Cuando Martina encuentre el billete en el pantalón azul de Joaquín, va a sonreír suavemente y se los va a guardar en el bolsillo secreto del delantal. También va a sentir cómo, detrás de ella, las manos callosas de don Roberto la van a rodear por la cintura hasta tocarle el vientre con el anular ensortijado, y luego se va a dejar encaminar desde el fregadero a la cama sabiéndose adinerada otra tarde, e imaginando hombrecitos que se dejan estregar como harapos sucios.

1.21 Leyenda

Lo que cuentan los hombres de la tribu es que a un pescador del Amazonas le gustaba escribir poesía, y que un día, locamente inspirado, tomó uno de sus poemas y lo ensartó en su anzuelo. Lo que pescó es secreto de los nativos.

1.22 Dintel

En mis días de carpintero me propuse remodelar la puerta de mi hogar. Imaginé adornar la llegada de cualquier visitante poniendo bordes de madera bien trabajados, bisagras aceitadas y un umbral sensible al golpe de los tacones. Así que en pocos días compré, corté, martillé, lijé, embarnicé, medí, traté y al fin logré convencerme de tener otro motivo para invitar a mis amantes a largas tardes de ocio acompañadas de vino y chismes jocosos. Escribí a varias de ellas y, para mi sorpresa, todas atravesaron el umbral de mi casa.

Ya no soy carpintero... descubrí que tenía madera de escritor.

1.23 Verdugo

Estoy en Asia, tal vez en uno de esos patios japoneses con los que soñamos.

Mi tarea consiste en recibir a los grupos de jovencitos que van saliendo uno a uno desde las puertas corredizas.

Despacio, caminan bajo el techo y forman un círculo solemne de miradas y silencios.

El ritual es sencillo, llevar la cuchilla a la garganta, cortar solo en la parte marcada y esperar que la sangre asome por la boca.

Esperar que cada uno muera y acompañarlos para que mueran bien, o al menos tranquilos.

Ellos lo saben y lo esperan. Cualquiera creería que desean la muerte hasta que siente el miedo en sus manos.

Mi deber es calmarlos y guiar su partida.

Recuerdo que uno quería toser y le dije: "Tranquilo, es tu sangre".

A la muerte no le gusta esperar.

Acaricio sus mejillas cuando caen. Me duele y los lloro en silencio.

Luego paso al siguiente.

1.24 Sé

Sé que me amas cuando gritas mi dicha a los vientos. Lo comprendo cuando tu vientre me abraza; cuando muerdo tus senos y tu cima. Lo advierto en las huellas de tu piel. Te amo como a tu cuerpo. Eres mi mujer, mi amor.

No te rías de nuevo, que es en serio, y hay dinero para más palabras.

1.25 Autoridad

El cura pasó levitando del baño a la cocina. Digo que era cura porque la sombra tenía la cabeza redonda de sumo pontífice y una franja blanca que resaltaba en el cuello. Pasó despacio y de frente, como si advirtiera mi mirada desde la sala.

Para entonces estábamos tan acostumbradas que ya reconocíamos el sonido de los muertos cuando rondaban por el patio y el solar. Era como una inhalación constante que se escondía detrás del ruido de las ollas y del televisor. A veces, cuando los muertos se metían a la casa, madre los ahuyentaba a gritos y amenazas, de ahí que, en cuanto vi la sombra pasar flotando, le dije: "Mamá", y ella entendió, golpeó el mueble en el que estaba sentada y se incorporó quitándose unos de sus zapatos.

—Cállate, hijueputa, deja a la niña en paz.

Lanzó el zapato hacia la cocina y, para asombro de ambas, el sacerdote volvió a cruzar el pasillo de vuelta hacia el baño. Pensé que madre iba a lanzarle el otro zapato, pero no, se quedó allí paralizada, desafiada por primera vez por un espectro.

Creo que ver a madre de pie en medio de la sala, absorta y desarmada, me llenó de ira y le grité:

—Ya oíste, pendejo, déjanos en paz.

De las cosas extrañas que ocurrieron en esa casa, ver a los muertos deambulando no fue lo peor, ni siquiera el hecho de que fuera el alma en pena de un sacerdote. Lo más extraño de aquel día fue comprobar que los fantasmas ya no le hacen caso a mamá.

1.26 La peor novia

La peor novia que he tenido fue conmigo a un lugar de esos de afuera, me habló de la agencia de turismo e hizo la reserva. Una vez instalados en la habitación no quiso darme ningún beso. Se quejó y se quejó de que yo no sentía el mismo dolor por la muerte de su madre. Me echó entre gritos y el asombro de los turistas.

En la recepción del hotel, en una ciudad que desconozco, pensé en mi madre, aún viva, en su sonrisa joven e imaginé perderla. Pensé en el dolor de no tener en mi adentro esta certeza de su abrazo. Tomé una libreta desde el fondo arrugado de mi equipaje y me di a escribir este poema:

Despedí a mi madre en el mar

Despedí a mi madre en el mar...

la dejé ir entre los nombres

pisoteados por la arena y lloré la sal

de los corales

Despedí a mi madre en la orilla del tiempo

y nadie preguntó, nadie suspiró conmigo...

los perros buscaban mi sombra

y yo, bajo el sol amargo,

acariciaba la espuma como al lomo de

un caballo

Despedí a mi madre y algo se quemaba

dentro de mí

La sepulté con mis propios infinitos...

el azul se la llevó

hacia arriba, arriba

y ya era el cielo

Las olas devuelven los sueños perdidos

pero también arrastran

mis gritos ahogados.

Esa misma tarde regresé a la habitación y le leí el poema. Luego me besó, ella, la peor novia que he tenido y que tendré. Porque cuando volvimos de ese viaje, no me volvió a ver y publicó el poema con su nombre.

1.27 Sobre ruedas

La otra vez Miriam trajo una patineta a la reunión de doble a y se la puso a los pies. Luego, mientras German hablaba, se la entregó rodando a Sergio con los pies y este se la pasó a Juan, luego Juan me la pasó a mí. Qué cosa tan resbalosa, hermano. Se la devolví a Miriam bajo la mesa para que German no se enojara y me va gritando que cuidado, que le había dado en el tobillo y casi llora porque le iba a salir dizque un morado. Luego German aclaró los ojos y nos repitió los 12 pasos y que a quién se le ocurre traer una patineta a una sede social en día de semana y a esa hora. Regaño y golpe, para qué más si Miriam ya estaba sola rabiando y Sergio diciéndole tranquila, pero ella no entendía porque Sergio tiene labio leporino y Juan es el que traduce aunque todos los demás ya le entendemos y sabemos que Juan hace las veces de intérprete porque no sabe leer, mucho menos los 12 pasos de la cartilla que German se está cansando en darnos para que repartamos en la parroquia y en el puteadero o donde sea que vayamos con esas cosas tan extrañas como esa putineta que había traído Miriam y este grupo con qué irá a salir la otra semana.

Cuando se acabó la reunión y todos se fueron a fumar y a tomar tinto yo mismito me le acerqué a Miriam y le pedí perdón, le dije que no había sido mi intención y ella me miró y me dijo que se lo tenía que compensar de alguna forma y yo le vi los ojos vidriosos y me acordé del día en que contó que no tenía novio. Licor por adrenalina ¿por qué no? Si a ella le gusta engancharse a los buses y morder las curvas de estas lomas en picada, yo también me puedo montar y descolgarnos juntos desde el cerro silbando como locos.

Así que, compadre, no se asuste si, ahorita que lleguen todos a la reunión, ve que se enojan conmigo porque traje esta bicicleta.

1.28 Tan solo

—¿Cuándo supiste?

—El viernes.

—¿Y cuánto tienes?

—Cinco semanas, creo.

—¿Y él ya sabe?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Que en este momento no es una opción para él tenerlo.

—¿Y para ti?

—Sí y no. No sé qué hacer. No sería tan mala ¿sabes? tal vez un poco ausente por el trabajo, pero nada le faltaría.

—Tan solo un padre.

—No seas así, José, de verdad me duele.

—Lo siento, es que me da rabia.

—Yo sé, por eso no quiero que el bebé pase por lo mismo.

—¿Ya le tienes nombre?

—No, pero desde que supe no he parado de llorar y sé que no es el momento y más por él, porque no fue, esto no fue y quiero y no, pero me duele adentro y se acabó, pero lo añoro, pienso en futuro por todas partes y no es posible.

—Te entiendo y estoy contigo, dime qué hacemos.

—Ya pedí cita.

—¿Para cuándo?

—Mañana.

—Yo te acompaño.

—Lo siento mucho, José.

—No te preocupes. Nos vamos juntos.

—Sigue abrazándome.

—Hubiera querido que fuera diferente.

—Yo sé.

—Ojalá hubieras sido tú, José.

—Ojalá.

1.29 Lo que falta

A partir de esta noche dejará de verla frente a la ventana, al menos desnuda y de espaldas a la cama. A partir de ahora nada le impedirá apoyar la mirada en la torre de radio que vacila roja y a lo lejos el ritmo de su luz.

Por mucho tiempo tendrá todavía un cabello suyo enredado en el zapato.

Luego, en septiembre, cuando empiece a recobrar la fuerza, encontrará una lista de mercado debajo del arrume de ropa sin lavar.

Más abajo de los granos y hortalizas leerá en voz alta que aún faltan baterías para el radio, un radio gangoso que dejó de sonar hace dos meses sin aviso y, solo entonces, arrojará a las paredes y el sueño una maldición para esta noche en que ella ha salido corriendo, bajo una noticia sin nombre, hasta el campamento que los vio llegar recién casados.

Por ahora, mientras su otro hogar arde en medio de la selva y él aún no lo sabe, seguirá leyendo en la nota de su esposa aquellas cosas que desde esta noche faltarán para siempre en la alacena.

1.30 Preguntas

¿Por qué escondimos las manos ese día? ¿Por qué pensamos que alguien podría recordar esa película? ¿Hasta dónde te llegaban mis latidos? ¿Cuántos años teníamos? ¿trece? ¿Tan jóvenes éramos? ¿Por qué no me besaste en medio de la oscuridad? ¿Te daba miedo que nos vieran? ¿Por qué todo olía a palo santo? ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Dos horas? ¿Recuerdas cómo nos sudaban hasta las yemas de los dedos? ¿Cómo estábamos vestidos? ¿Fue real o fue algo así como algún sueño? ¿También recuerdas cuando después de la función nos abrazamos, y cuando nos sentimos en los ojos, en los sexos y el estómago? ¿Te acuerdas de esas ganas inocentes? ¿Qué sería de nosotros ahora, después de tanto, abrazarnos así, con tantos años, los hijos, las distancias, este pellejo que se cae, este dolor en los huesos y en las manos que enredamos hace tanto? ¿También sentiste lo mismo? ¿Por qué nos alejamos? ¿Qué hay de ti, de tu familia? ¿Te molesta que lo diga? ¿Ves que aún me duele? ¿Te arrepientes de algo? ¿Ni siquiera de casarte con ella? ¿Qué piensas?, dime ¿Crees en el amor para toda la vida, en esto, en lo que pudimos haber sido?

Está bien, no me respondas eso. Dime entonces si te gusta que te toque así, como solía gustarte, ¿quieres hacerlo otra vez?

1.31 Fantasía

Siempre he soñado con encontrarme a alguien conocido en un motel, que me diga qué diablos le estoy haciendo a Elena, o, por lo menos, que me mire con la desaprobación moral de quien no puede hacer lo mismo.

Cuando cruzo por los pasillos detergente me imagino a una pareja que me saben y saben a Elena y todos los años que hemos vivido juntos y me miran de la mano con Blanca y se retuercen de chisme y se jalan el brazo como mirá quién viene ahí, disimula, hay que contarle a Elena.

Con el tiempo en residencias, cinco letras, o como quieran decirle, he intentado aprenderme los rostros de orgasmo, muchos otros de insatisfacción, borrachera o vergüenza, pero todas las caras han sido extrañas, ajenas, de otra ciudad, otro mundo y me pregunto si es que mis amigos no fornican o es que yo tengo prosopagnosia y soy la peor versión de Brad Pitt infiel y malgastado.

Hace unos meses, por ejemplo, comenzamos a ir al mismo motel todos los martes, (porque Elena termina el turno antes). Con la esperanza de que alguno de los trabajadores nos reconociera después de unas semanas y nos hiciera el gesto familiar de ocasional o amanecida, pedimos siempre las mismas condiciones a la misma hora, pero descubrimos que cambian los turnos y personas, por lo que nos rendimos hasta que a Blanca se le ocurrió ir con alguien más, un hombre, pregunté celoso y ella me dijo que la verían como a una perra y que si era otra mujer mejor porque mi rostro sería el recordado.

Le propusimos a una amiga fea que conozco y me rechazó porque creyó que era una broma. Luego, cuando la llamamos desde el motel dijo que sí y apareció en la puerta en media hora y en menos de cuatro horas todo el personal vio cómo un par de mujeres llevaban a un borracho de la mano, bajo las luces de neón, por un patio mojado, hacia las puertas de un taxi que las llevó a las dos y al tipo que sería recordado por ir siempre con una mujer de peluca Blanca, el mismo hombre que no pudo, la vez que quiso, cumplir su fantasía.

1.32 Empacho

Contaba Francisco, mientras cruzaba las piernas en la sala, que una vez se comió un costal de mandarinas. Según nos decía a los primos, la mandarina tenía unas cantidades muy pequeñas de veneno y él quería saber si se podía morir como en las películas.

Nos contó que lo había decidido porque estaba cansado de que su padre lo comparara con las gallinas y mencionara su incapacidad con las manos, su afán por andar descalzo, su manía de hablar tanto.

Cierre el pico, muchacho, le dijo una vez el tío y Francisco se juró a sí mismo matarse esa misma tarde de la manera que menos doliera. Primero se le ocurrió cortarse, pero a parte de machetes oxidados solo había el cuchillo de la cocina y le dio pena imaginarse a la abuela llorando dos tragedias. Luego vio el mandarino y pensó en colgarse, pero le daba terror pasar como el traidor de un santo y quedar ahí, pendulando como un racimo de plátanos.

Luego vio el bulto de cítricos verdes y anaranjados que estaba apoyado en el tronco y se llenó los bolsillos a escondidas, formando una ruta comercial entre el patio y la habitación.

Pronto lo agarró el hastío y el encarte de las cáscaras, el arrume de semillas en el suelo y el olor que expedía la cama, la mesa, sus dedos y todo lo que rascaba.

Para cuando el tío llegó Francisco ya estaba dormido y redondo, boca arriba y eructando el veneno que lo llevaría lejos de su malvado padre.

Parece que la gallina va hibernar, le dijo el tío a la abuela y toda la casa vio el espectáculo de nuestro primo mayor, los labios curtidors, respirando por la boca, la diarrea esa noche y las risas de hace instantes que Francisco nos contaba estas cosas en el funeral de la abuela, mientras se pasa las uñas por los dientes, tal vez recordando esas hebras malditas que casi lo matan.

1.33 Cumpleaños

Moriste hoy 2 de mayo, el día de mi cumpleaños. Es martes, así que pude faltar a la escuela. La tía G dijo cómo es posible, justo hoy, pero me escapé de sus lágrimas y mocos. Mira, esta camisa es la más oscura que tengo. Mamá la dejó esta mañana en mi cama cuando se enteró. No me importa si no habrá piñata, quiero jugar en la fuente del primer piso con el primo Lalo, dice que hay una fuente de los deseos y nadie está atento si cogemos las monedas. Te ves pálido y sé que tu nariz no era así. A veces pienso que abrirás los ojos de pronto. He crecido, ya no tengo que empinarme para asomarme. Recuerdo cuando mataron a L y la tapa estaba cerrada. Huele a café. No me gusta. Tampoco me gustó haber escuchado a mamá decir tantas cosas. La tía G se le acercó y ella le gritó a la cara, dijo que tú, papá, no te pudiste llevar a la tumba el secreto de por qué la tía G lloraba tanto y por qué el primo Lalo se parecía tanto a ti.

1.34 A tus lágrimas

Quisiera escribirte un poema como hacen los que saben, hermanita.

Dejarlo para un día en que estés mirando por la ventanilla y de pronto el viento te acaricie con el recuerdo de mamá.

Quisiera que no tuviera rimas para que entendieras con las letras el ritmo de mi voz, escondido detrás de lo que dice. Hacer un epitafio que abrace las cenizas de madre y las reúna en tu memoria, donde esté, más allá de los paisajes que bordean los mineros, o detrás de tus ojos que eran de ella.

Luego, cuando quiera llover en tu cara salada, esta nota arrugada del cuaderno se moje y arrugue como esta carne que repite por qué lo hizo, la carne del corazón de madre que recibió en sus fibras el acero empuñado por ella misma en la sala, esa tarde, como esta que lees mientras regresas en bus, de nuevo, a casa.